

Los conspiradores



Jorge Ibarzüengoitia

Los conspiradores



menos**cuarto**

© Jorge Iburgüengoitia, 1981,
y Herederos de Jorge Iburgüengoitia
© de esta edición, Menoscuarto [E. Cálamo, S. L.], 2022

ISBN: 978-84-15740-79-7
Dep. Legal: P-40/2022

Diseño de colección: Echeve
Ilustración de cubierta: Mural de Casiano y Magdalena García
(detalle). Fuerte de San Diego (Acapulco, México)
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

1

Periñón contaba que de joven había pasado una temporada en Europa y aludía con tanta frecuencia a su viaje que sus amigos llegamos a conocer de memoria los episodios más notables, como el de la vaca que lo corneó en Pamplona, la trucha deliciosa que comió a orillas del Ebro, la muchacha que conoció en Cádiz llamada Paquita, etc. El viaje había comenzado bajo buenos auspicios. Cuando estaba en el seminario de Huetámaro, Periñón, que era alumno excelente, ganó una beca para estudiar en Salamanca. Como era pobre, varios de sus compañeros y algunas personas que lo apreciaban juntaron dinero y se lo dieron para que pagara el pasaje y se mantuviera en España mientras empezaba a correr la beca. Periñón decía que en el barco conoció a unos hombres de Nueva Granada y que durante una calma chicha pasó siete días con sus noches jugando con ellos a la baraja. Al final de este tiempo había ganado una suma considerable. Comprendió que las circunstancias habían cambiado y le pareció que ir a meterse en una universidad era perder el tiempo. Ni siquiera se presentó. Durante meses estuvo viajando, visitando lugares notables y viviendo

como rico. «Hasta que se me acabó el último real», decía. Después pasó hambres.

Cuando yo le preguntaba cómo lo había hecho para regresar a América, nomás movía la cabeza, como quien quiere borrar un recuerdo amargo.

—Bástete saber que llegué a Veracruz con la sotana muy revolcada —agregaba.

De allí el relato brincaba y la siguiente imagen era Perriñón en Huetámara, aguantando las reclamaciones de los que lo habían patrocinado. Querían que les devolviera el dinero que le habían dado, cosa que Perriñón nunca hizo.

La sombra del viaje oscureció su carrera eclesiástica, que había comenzado tan bien. Cuando alguna oportunidad se le presentaba —un puesto de secretario en la Mitra, una cátedra, una parroquia importante— no faltaba quien se la echara a perder recordando que era jugador, que empezaba una cosa y terminaba haciendo otra, que no pagaba deudas, etc. El tiempo pasó y compañeros suyos bastante brutos llegaron a obispos o directores de seminario mientras Perriñón seguía en el curato de Ajeteo, pueblo al que siempre defendió:

—Dicen que es feo los que no lo conocen. Los atardeceres son muy bonitos. Te subes al campanario y miras para un lado: ves el llano, volteas para el otro: ves la sierra. ¿Qué más quieres? En cuanto a estar apartado no me parece defecto: nunca se ha presentado el obispo a visitarme. Eso es ventaja.

Defendía Ajeteo pero pasaba buena parte del tiempo de viaje, yendo de una ciudad a otra y visitando a sus ami-

gos. De regreso al pueblo se dedicaba de lleno a las manías que lo obsesionaron en la edad madura: criar gusanos de seda, cultivar vides y la que había de volverlo famoso y costarle la vida, que fue la de hacer la revolución.

Antes de conocerlo lo vi tres veces en el camino a Cañada. Era una mañana de junio, el cielo estaba azul fuerte y parecía que no existiera la lluvia, pero la noche anterior había caído un fuerte aguacero y el camino era un lodazal. La diligencia se había atascado y los pasajeros habíamos tenido que ir a pararnos en unas piedras para no estorbar ni enlodarnos. Las mulas tiraban, el cochero daba gritos y chicotazos, el ayudante empujaba. Entonces apareció Perriñón montado en su caballo blanco. Iba al pasito, por el bordo, entre la huizachera. Al ver nuestro contratiempo arrendó, nos dio los buenos días y preguntó qué se ofrecía. El cochero contestó que nada y Perriñón siguió adelante, muy tranquilo, silbando una canción —después supe que él mismo las componía—. No llevaba sombrero y tenía la calva requemada por el sol, se sabía que era padre por el alzacuello, pero en vez de sotana llevaba pantalones y botas con espuelas. Cabalgaba dejando colgar el brazo izquierdo en cuya mano llevaba siempre la vara que usaba para espantar perros.

El coche salió del atolladero, seguimos el camino, llegamos a un pueblo, bajaron unos pasajeros y subieron otros, más tarde, en el tramo firme que había en la ladera de un cerro, las mulas echaron a correr y alcanzamos a Perriñón. El caballo blanco andaba suelto y pastando, su dueño estaba en la milpa con una pala en la mano, rodea-

do de campesinos que lo miraban con atención y respeto, como si nunca hubieran visto hacer un agujero en el suelo.

El tercer encuentro ocurrió pasado el mediodía, en la venta en que nos detuvimos para comer y cambiar de tronco. Aparte de la cárcel no recuerdo lugar más inhospitario: la ventera nos hizo entrar en un cuarto oscuro y allí nos dio, de mal modo, frijoles y tortillas viejas, regañó a un pasajero cuando lo vio orinar sobre una cerca de piedra y a mí, que pedí agua para beber, me la dio en un jarro, con la advertencia de que había que ir a sacarla de un arroyo que quedaba a más de trescientas varas. Pasados estos disgustos salimos al portal listos para partir y allí estaba Perinón.

Se había recostado en una hamaca y se mecía empujándose con el pie, se había quitado el saco para estar más fresco y platicaba con unos chiquillos. Dos sacerdotes que iban en la diligencia se acercaron a saludarlo.

—Domingo, ¿qué andas haciendo?

—Estoy esperando a que la señora ventera saque el cabrito que me ha hecho el favor de meter en el horno —dijo él y se siguió meciendo.

Al poco rato, en la diligencia, supe quién era, porque los que lo habían saludado dijeron:

—¿Si el padre Perinón es tan listo, por qué se quedó en el curato de un pueblo tan feo?

—Porque así lo dispuso Dios —dijo el otro, que no quería tocar el tema.

El que contestó era el presbítero Concha, que ya lle-

vaba en la cara las huellas de la enfermedad que habría de ponerlo en la tumba: delgadez extrema, ojos llorosos y piel transparente. Desde hacía tiempo le daban soponcios en momentos inoportunos —había rodado los escalones del presbiterio con una hostia en la mano—, pero siempre que alguien le preguntaba cómo se sentía contestaba «divinamente». Era un viejo simpático, diminuto, bien proporcionado. Después me contó que lo habían invitado a dar un sermón en un pueblo lejano y como no se sentía bien, había querido que lo acompañara el padre Pinole, a quien no quería, pero que en un momento de mala suerte le hubiera servido de sustituto o para ayudarlo a levantarse del suelo. Iban en la diligencia de regreso a Cañada en donde los dos oficiaban.

El padre Pinole era prieto, grande, con una boca que fruncía para hacer parecer más chica. Después supe que en Cañada tenía fama de indiscreto y que no se confesaban con él más que los que eran casi santos. Llamaba al presbítero «su reverencia» y era muy atento con él. Amarró en la ventanilla un trapo para que al otro no le pegara el sol, extendió en el asiento un paliacate en donde echaron las cáscaras de los cacahuets que se comieron y cuando terminaron, lo sacudió contra el viento, llenándonos de hollejos a los otros dos viajeros que íbamos en el coche, que éramos yo, que tenía veinticinco años y uniforme de oficial de dragones, y un viejo de anteojos cuadrados y tricornio, quien cuando el coche no daba brincos leía un librito intitulado *Manual del inquisidor*. Era el licenciado Manubrio. Es decir, que el día que conocí a Perión co-

nocí también a quien poco más de un año después iba a decidir su suerte.

El licenciado llegó a la Nueva España ya viejo y pasó diez años en Veracruz, él decía que trabajando en la Aduana, pero no es cierto. Sabía como nadie lo que pasaba en San Juan de Ulúa. Ha de haber formado parte del Tribunal Negro y luego inventó el trabajo en la Aduana para evitarse inquinas. Después muchos dijeron que había sido agente secreto y que había ido a Cañada en esa función, enviado por la Audiencia de México. No lo creo. Más me parece verdad lo que él decía: le habían dado fiebres tercianas y había tenido que dejar el empleo y la costa para radicarse en un clima benigno. Quiso nuestra mala suerte que alguien le ofreciera en Cañada una escribanía a buen precio.

El cuarto viajero era yo. Me llamo Matías Chandón, soy artillero, pero servía entonces en un regimiento de dragones. Teníamos dos años acantonados en Perote. Hacía unas semanas que había sabido que en Cañada estaba formándose un batallón provincial y que estaba vacante la plaza de comandante de la batería y jefe de artificieros, la había solicitado por escrito y el coronel me contestó ordenándome que me presentara a pruebas de oposición el día doce de junio. Por otra parte, el corregidor de Cañada, que era amigo de un amigo mío, al saber que yo había solicitado el puesto, me había hecho el favor de invitarme a pasar unos días en su casa.

Durante el camino los padres hablaron entre ellos, pero el licenciado y yo nomás para comunicarnos lo más indispensable. Era de noche y estaba lloviendo cuando lle-

gamos a la venta de Toma de López. El ventero nos dio la mala noticia:

—Aquí no hay más que un cuarto.

Era enorme y tenía siete camas. Mientras el padre Pinole y yo recorríamos rincones aplastando alacranes, el presbítero y el licenciado tentalearon las camas y se quedaron con las mejores, después nos dimos la mano y dijimos quiénes éramos y de dónde veníamos. El licenciado sacó baraja y propuso jugar paco chico mientras nos arreglaban la cena, los demás aceptamos y en un ratito nos ganó veinte reales, cosa que el presbítero Concha nunca le perdonó.

Para llegar a donde estaba la cena tuvimos que atravesar un corral a oscuras, porque un ventarrón apagó la vela. Cuando entramos en la cocina el presbítero me dio un codazo y me dijo, aparte:

—El licenciado ya metió la bota en el lodo. Me alegro.

Antes de sentarse a la mesa los padres rezaron y yo hice como que pensaba en Dios, el licenciado Manubrio, en cambio, se sentó, se amarró en el pescuezo una servilleta que tenía una mancha de mole, y dijo:

—Que nos traigan vino.

El padre Pinole quería agua de chía, pero en aquella venta no había más que hojas de naranjo, que fue lo que bebimos.

Cuando en la conversación salió que yo iba invitado a casa de los corregidores el padre Pinole se estremeció de envidia.

—Pues tiene usted buena suerte —me dijo— porque yo nunca he entrado en ella.

No era amigo de los corregidores pero conocía su vida y milagros, que expuso: aquellos eran los meses que los Aquino pasaban en la casa de La Loma, que era un palacio, allí estaba la mesa mejor servida del Plan de Abajo.

—Los que se sientan en ella —agregó— beben vinos que uno ni se imagina que existan. Dicen que hay noches en que llegan de visita señoritas decentes y bailan danzas modernas —y volviéndose al presbítero, preguntó—: ¿Verdad, su reverencia, que así es la vida en la casa de La Loma?

—Así es, más o menos —dijo el presbítero y se comió un pedazo de tortilla, dando por terminado el tema.

Cuando salimos de la cocina se habían quitado el viento y la lluvia. Al ver la noche serena, el licenciado propuso «dar unos pasos para ayudar a la digestión». A los padres les pareció que estaba como boca de lobo y prefirieron irse a acostar, yo acepté.

Fuimos por campos iluminados nomás por chupiros, tropezamos con unas trancas, un perro salió a ladrarnos, oímos ruidito de agua y después sentimos que ya habíamos metido los pies en el arroyo, por fin dimos con un obstáculo tan grande que no pudimos rodear y optamos por sentarnos en él: era una piedra. Allí el licenciado Manubrio me relató la historia de la conspiración de Huetámara.

Había ocurrido el año anterior. Cinco oficiales de las milicias y tres sacerdotes, todos criollos, se juntaban en uno de los salones del obispado para tramar una revolución. Querían proclamar la independencia de la Nueva España, abolir los tributos reales y, lo que al licenciado Manubrio le parecía más espantoso, incautar los bienes de los

españoles para distribuirlos entre los mexicanos —¡incluyendo las comunidades de indios!—.

Pero sucedió que dos de los conspiradores habían tenido un pleito, el licenciado ignoraba si por cuestión de mujeres o deudas de juego, el caso es que uno, por hacerle un mal al otro, fue con el intendente y delató la conspiración. El intendente actuó como rayo: apresó a los conspiradores, los puso en dos coches y los mandó a México con escolta, allí la Audiencia dispuso que fueran juzgados en secreto pero con rigor. Las sentencias habían sido severas y todos estaban en San Juan de Ulúa.

Todos, claro, menos el delator, a quien el intendente había prometido indulto y discreción.

—Le he contado este caso, don Matías —terminó diciendo el licenciado—, para que sepa qué terreno pisa. Usted viene de Perote en donde la vida será aburrida, pero se respira un aire mejor, las tropas de allí son leales a la Corona. Ahora va usted a un nido de víboras. Esta región está llena de criollos resentidos: gente incompetente que se siente postergada. He querido abrirle los ojos.

Y me los abrió, porque hasta ese momento yo había creído que las revoluciones eran sucesos que ocurrían en el extranjero.